

Voces para un balance.

Apuntes colectivos sobre el ciclo institucional

Bernardo Gutiérrez, Esther Moreno, Ana Méndez de Andés, Raúl Royo-Fraguas, Guillermo Zapata, Eduardo Maura, Claudia Delso-Carreira y Amador Fernández-Savater

Vicente Rubio-Pueyo¹ y Fruela Fernández² (coords.)

Desde el momento en que planteamos este monográfico en *Encrucijadas*, nos pareció fundamental desarrollar algún tipo de debate colectivo en el que participasen distintas voces que hubiesen contribuido a este ciclo político en España, tanto desde fuera como desde dentro de las instituciones. Tras diversos tanteos, consideramos que un cuestionario breve y de amplia circulación podía ser la herramienta más útil para generar ese espacio de reflexión.

Sin embargo, fueron pocas las personas que respondieron a la invitación (quede aquí nuestro mayor agradecimiento a todas ellas). Es inevitable entender este silencio como un elemento más en la cadena de apatía, decepción e incredulidad que ha caracterizado el cierre de este momento político. Pese a ello, cabe pensar que la cercanía en el tiempo y la aparición de otros conflictos más urgentes también haya contribuido a aplazar este momento de reflexión. De un modo u otro, creemos que es imprescindible plantear un balance y una crítica de esta fase de nuestra historia política reciente. Esperamos que estas primeras tentativas —además de los textos que, poco a poco, van apareciendo en prensa y en formato editorial— contribuyan a ese proceso.

Cómo citar:

Rubio-Pueyo, V.; F. Fernández, B. Gutiérrez, E. Moreno, A. Méndez de Andés, R. Royo-Fraguas, G. Zapata, E. Maura, C. Delso-Carreira y A. Fernández-Savater. 2020. "Voces para un balance. Apuntes colectivos sobre el ciclo institucional", *Encrucijadas. Revista Crítica de Ciencias Sociales*, 19: e1901.

¹ *Fordham University, Estados Unidos* - vrubio@fordham.edu

² *Universitat de les Illes Balears, España* - fruela.fernandez@uib.cat

Preguntas

1. ¿Qué evaluación haces de este ciclo político y, en especial, de su fase institucional? (lo que se logró)
2. De la labor realizada en estos años, ¿crees que hay elementos destinados a perdurar en el tiempo o, al menos, a tener una influencia en la actividad futura? Pueden ser elementos de tipo ideológico/discursivo/cultural, innovaciones organizativas, prácticas y metodologías de trabajo activista, o cualquier otro aspecto que consideres relevante. (lo que continúa)
3. ¿Cuáles crees que son los vectores o frentes principales de lucha ahora mismo, o que puedan marcar los próximos meses o años? (lo que viene)

Respuestas

Bernardo Gutiérrez: "Casi nada sobrevivirá al ciclo"	<u>3</u>
Esther Moreno: "Una base social sólida con horizonte de transformaciones profundas"	<u>4</u>
Ana Méndez de Andrés: La faceta "gubernista" y la "ingobernable"	<u>6</u>
Raúl Royo Fraguas: "Una nueva racionalidad política"	<u>8</u>
Guillermo Zapata: ¿Qué tipo de organización municipalista podemos construir a partir de los aprendizajes de este ciclo?	<u>11</u>
Eduardo Maura: "Como un tema central, ambiguo y difícil, me quedo con lo que se ha construido en torno a la forma-partido"	<u>14</u>
Claudia Delso Carreira: "Demostramos que los límites de la institución, aunque férreos, pueden llegar a ser flexibles"	<u>16</u>

Epílogo

No hay fracaso si hay balance: poder y potencia en el ciclo 15M-Podemos <i>Amador Fernández-Savater</i>	<u>19</u>
--	-----------

Bernardo Gutiérrez: “Casi nada sobrevivirá al ciclo”

Periodista, escritor e investigador. Director de comunicación de los Laboratorios de Innovación Ciudadana de Medialab Prado entre mayo de 2016 y mayo de 2019. Los laboratorios se pusieron en marcha a iniciativa del Área de Participación del Ayuntamiento de Madrid.

[Respuesta recibida el 30 de septiembre de 2019]

Sobre el ciclo político y su fase institucional (lo que se logró)

Hago una evaluación tibia. En general, se ha llegado al poder municipal en las principales ciudades de España y no ha existido una voluntad rupturista con el régimen vigente ni con los marcos políticos previos. Se ha gobernado con miedo, usando muchas veces marcos previos, sin osadía para cambiar las cosas a fondo. Donde se ha gobernado, en muchos casos las políticas públicas puestas en marcha han sido maquillajes. La incapacidad de coordinación y de desplegar un relato colectivo desde las ciudades del cambio ha sido inaudita. Nunca se tendrá tal capacidad de incidir en las subjetividades y en las condiciones materiales de tantas personas. Ni siquiera se ha conseguido establecer una red de ciudades del cambio sólida, ni desde el entramado institucional ni desde las confluencias políticas. Las disputas de familias políticas han sido pésimas, especialmente en Madrid. Algunas iniciativas como *Fearless Cities* (Ciudades sin Miedo) han demostrado ser un error o una precipitación. Barcelona en Comú debería haber apostado por una red sólida de confluencias municipalista, no por una red efímera, anclada en la marca ciudad (Barcelona), con tinte neocolonial. Siendo una excelente idea, acabó no consiguiendo sus objetivos. Si Ciudades sin Miedo se hubiera consolidado como espacio en el estado español primero, tal vez se había reforzado el municipalismo, se habrían mantenido los principales ayuntamientos, y ahí sí, se podría dar el salto global. Lo de neocolonial porque las fórmulas que sirvieron para conquistar el poder municipal en España no eran ni son válidas ni posibles para muchas ciudades del mundo.

Posiblemente el elemento más tóxico haya sido la política nacional, protagoniza por Podemos y una cultura política basada en el mamporro, las intrigas palaciegas y los mercados persas de votos y alianzas. Podemos ha sido el principal problema de las ciudades del cambio y, en general, de la posible transformación política.

Sobre aquello que perdura o puede influir en el futuro (lo que continúa)

En general, creo que poco sobrevivirá al ciclo, hablando de políticas públicas concretas. Tal vez en el caso de Barcelona, algunas iniciativas vinculadas al común, a la forma de habitar la ciudad, puedan sobrevivir, así como iniciativas de cesión de uso de propiedad o de energía (la energía limpia, con base cooperativa). Creo que sí sobrevivirán algunas subjetividades, formas de hacer, que tal vez florezcan en el futuro, en lugares no esparados. Yo he estado principalmente enfocado al desarrollo de

Decide Madrid, en diálogo con Decidim Barcelona. Si bien inicialmente, dichas plataformas de código abierto fueron exportadas a medio mundo y se consideró como algo positivo; en estos momentos en el que todas las derechas se están apropiando de dichas herramientas, no hay mucho que celebrar. Sobrevivirá cierta cultura de la transparencia, de la participación, con el claro riesgo de que acabe convertido todo en una estrategia de *participation washing*. Ha habido una buena serie de proyectos y políticas públicas interesantes, asociadas a narrativas y discursos potentes, como el Plan A de Madrid, las súper manzanas de Barcelona o el Plan de renta básica de Coruña. Sin embargo, la falta de continuidad y la falta de osadía a la hora de desplegar narrativas más potentes y marcos propios, lo dejan en algo anecdótico. Si bien critico la puesta en marcha de la red *Fearless Cities*, el lema/marco es interesante y potente.

Sobre los frentes de lucha que se abren (lo que viene)

Por un lado, la reconstitución de los movimientos y sociedad civil al margen de la política representativa. Por otro, canalizar y sostener el malestar contra la democracia representativa hacia los dos grandes ejes de luchas del momento: el feminismo y el ambientalismo. El derecho a la ciudad y la lucha contra la gentrificación/turistificación/especulación inmobiliaria continuará siendo un frente importante. Empieza a ser urgente la invención de batallas y frentes contra el capitalismo financiero (Uber, Airbnb, etc.).

Esther Moreno: “Una base social sólida con horizonte de transformaciones profundas”

Activista feminista. Parte de la dirección de Podemos Aragón en su primera etapa y participante en la Coordinadora de Zaragoza en Común durante su primera época.

[Respuesta recibida el 30 de septiembre de 2019]

Sobre el ciclo político y su fase institucional (lo que se logró)

Una sensación de que todo es cíclico. Una de las contradicciones que he aprendido es que para construir un movimiento fuerte y amplio que desborde y contagie ilusión y sentimiento de posibilidad real de cambiar las cosas, hay que ser muy integradorxs, incluir a todo el mundo que lo desea, tanto sociedad civil como grupos organizados y partidos. Esto produce una convivencia de gente con objetivos y formas de trabajar muy diferentes, difícilmente compatibles a medio plazo. En este ciclo hemos convivido quienes tenemos un horizonte político transformador, de enfrentamiento a los poderes económicos y de desenmascaramiento del PSOE como partido que sostiene al régimen, con otrxs cuyo objetivo ha sido propiciar simplemente un intercambio de élites, en unos casos, o sostener la estructura del propio partido de origen... Unxs hemos trabajado por confluencias en las que lo ciudadano y los colectivos y luchas

sociales fueran protagonistas, y otrxs han apostado por reforzar el papel de los partidos y tender en todo caso a coaliciones entre ellos, orquestadas por arriba. Para unxs ser representantes públicos ha supuesto un sacrificio importante (tiempo, dinero, preocupaciones...) y un servicio a la sociedad, y para otros ha sido la forma de encontrar puesto, trabajo, sillón, sueldo, y de satisfacer egos con déficit crónico de reconocimiento y con ansiedad por lo que creen que es poder. Y hay quienes se han deslizado de un lado a otro con mejor o peor fortuna.

La convivencia entre grupos y personas con objetivos tan dispares es realmente una bomba de relojería, y requiere de una base social sólida con un horizonte de transformaciones profundas que pueda frenar los accesos burocratizantes, la falta de transparencia o de democracia interna. En muchas ocasiones desde las fuerzas del cambio no hemos sido capaces de llegar comunicativa y afectivamente a la implicación de esa base social que necesitamos. Y a pesar de todos los obstáculos que nos han puesto los medios de comunicación y los poderes fácticos, que sin duda han sido enormes, hemos de darle una vuelta importante a esto, porque lo necesitamos.

Por otro lado, ha merecido mucho la pena cuando hemos estado firmes en la defensa de los derechos sociales o hemos plantado cara a la especulación. La reacción de los poderes ha sido rabiosa y desmesurada, porque realmente se daban cuenta de la trascendencia de determinados tipos de actuaciones que iban dirigidas a redistribuir la riqueza.

Con respecto a los ayuntamientos del cambio, querría señalar un déficit muy importante: no ha habido realmente una red común. Sí que ha habido contactos temporales y sectoriales, pero ha faltado la institucionalización en el mejor sentido de una red común que hubiera dado más visibilidad a los logros conseguidos y mayor fortaleza en el momento electoral.

Sobre aquello que perdura o puede influir en el futuro (lo que continúa)

Es difícil saber en este momento qué elementos van a perdurar, por lo deprimente de la situación política institucional y por esta sensación de que todo va tan deprisa, todo se olvida, siempre hace falta algo nuevo. Pero se han realizado avances en todo lo que tiene que ver con el impulso feminista muy grandes a mi modo de ver, entre otras cosas porque los cambios en lo institucional y lo organizativo han ido acompañados, o producidos, por un extenso movimiento social. Las aportaciones legislativas de Podemos a la lucha contra las violencias machistas han sido muy importantes (aunque, como siempre con el PSOE, esté pendiente el cumplimiento del Pacto de Estado). A nivel de Aragón, por ejemplo, se ha modificado gracias a Podemos la Ley de Custodia Compartida, que aquí era preferente y suponía en la práctica el chantaje y control a las madres y el sufrimiento de los hijos en los casos de violencia familiar.

A nivel organizativo se ha hecho un trabajo importante de cara a democratizar la participación en las tomas de decisión, de desmontar el modelo de militante y representante público champiñón que no tiene obligaciones de cuidados, siempre está disponible y conoce todos los temas... Sacando a la luz todo el trabajo invisible necesario para sostener ese tipo de figuras, poniendo delante la importancia de los trabajos de reproducción de la propia organización, si no queremos que se convierta en un estéril campo de nabos. Escribí este verano sobre esto³.

Sobre los frentes de lucha que se abren (lo que viene)

El feminismo y la ecología. Tenemos el reto de conectarlos de forma masiva y con un análisis anticapitalista de la cuestión, y en relación con ellos, luchas laborales/precarias, contra la especulación, etc. Con respecto a lo institucional/municipalista, tendremos que ver si somos capaces de generar relevo y si merece la pena seguir luchando en ese frente.

Ana Méndez de Andrés: La faceta “gubernista” y la “ingobernable”

Miembro fundador del colectivo de investigación Observatorio Metropolitano y del seminario Urbanacción. Asesora estratégica para el Ayuntamiento de Madrid. Participó en Ganemos Madrid y Ahora Madrid.

[Respuesta recibida el 8 de marzo de 2020]

Sobre el ciclo político y su fase institucional (lo que se logró)

Me cuesta hacer una evaluación abstracta del ciclo político del municipalismo, y especialmente de su fase institucional en la ciudad de Madrid, porque mi análisis está atravesado por la experiencia concreta de Ganemos Madrid —donde formaba parte del grupo de programa— y Ahora Madrid —donde participé en el comité de campaña electoral y más tarde fui asesora en el Ayuntamiento—.

A nivel del Estado, creo que el surgimiento de las plataformas municipalistas en 2014, y su posterior presencia en el pleno de la mayoría de las grandes ciudades, y en multitud de municipios pequeños y medianos, fue un acontecimiento extraordinario e irrepetible que ha estado atravesado por tantas contradicciones y dificultades que nos ha costado reconocerlo —y valorarlo— como tal. Esta singularidad de la potencia política del municipalismo en España es especialmente patente en el contexto internacional, donde no existe ninguna experiencia similar, ni siquiera parecida al escenario de 2019. En Madrid, la fase institucional 2015-2019 se caracterizó por una composición “monstruosa” del gobierno donde convivían personas provenientes de los movimientos sociales más auto-gestionados con figuras leviatánicas muy apegadas a

³ Moreno, E. 2019. “De qué hablamos cuando hablamos de cuidados”. *AraInfo*, 2 de agosto, ([enlace](#)).

las lógicas del Estado. Esta composición llevó a que el gobierno de Ahora Madrid se calificara al mismo tiempo como “gubernista” e “ingobernable”.

En la faceta “ingobernable” existía la capacidad de superar la lógica de relación dentro/fuera donde los actores sociales articulan demanda y hacen presión en la calle a favor de derechos y servicios que la administración provee a favor de lógicas de co-producción de los planes, programas, protocolos y proyectos desarrollados por la institución. Esta potencia fue en gran parte neutralizada por una gestión del poder que estuvo, por una parte, centrada en la figura de la alcaldesa —que nunca tuvo ninguna intención de descentralizarlo— y, por otra, atravesada por lógicas de suma cero donde la mayoría de los actores con capacidad de incidencia se disputaban un espacio político mediante estrategias que delimitaban campos de lucha y establecían líneas de ataque con una lógica amigo-enemigo que dejaba poco espacio a la negociación y composición de sujetos más amplios y complejos.

El aspecto “gubernista” reconocía la capacidad de la administración pública de determinar condiciones materiales e inmateriales de la vida de la ciudad, pero se vio restringido por su propia dificultad a la hora utilizar las herramientas institucionales disponibles, transformarlas o crear otras nuevas. En mi experiencia, esta dificultad se debió varios factores: por el propio diseño institucional de un Ayuntamiento que había sido gobernado durante 25 años por el Partido Popular, por la necesidad de negociar desde los presupuestos anuales a todas las votaciones en el pleno con el Partido Socialista como socios de facto del gobierno y por la ausencia de voluntad de parte del gobierno de llevar a cabo transformaciones estructurales en la institución.

Sobre aquello que perdura o puede influir en el futuro y sobre los frentes de lucha que se abren (lo que continúa y lo que viene)

Junto ambas cuestiones porque creo que los elementos más perdurables de la acción de gobierno municipalista son precisamente aquellos que han conseguido identificar e impulsar vectores políticos y de politización que estaban en el campo de lo social. En el mandato 2015-2019, una de las principales preocupaciones desde “dentro” de la institución era que los cambios perdurasen. Una de las estrategias utilizadas fue utilizar procedimientos administrativos que fueran sólidos, sin fisuras, con concursos abiertos, etc. Sin embargo, la pérdida de la mayor parte de las llamadas “ciudades del cambio” ha demostrado que a menudo —claramente en el caso de Madrid— no importa cuán legalistas y garantistas sean los procedimientos, si no existe un nuevo sentido común que los incluya o una movilización social que los defienda, son fácilmente reversibles. Para mí, los vectores de acción municipalista más relevantes — con elementos que tienen la capacidad de convertirse en irrenunciables— han sido y serán:

- El cuestionamiento de las políticas de austeridad y, en general, del reparto de los recursos públicos. La batalla por los presupuestos, no solo que aumentaran

el gasto, sino que lo repartieran de manera distinta, la participación en los mismos o la transparencia en las cuentas.

- El feminismo, como manera de hacer política desde las propias organizaciones municipalistas (a la hora de hacer las listas, por ejemplo), como políticas públicas de protección frente a las violencias machistas, y como visibilización, reconocimiento y garantía de derechos de las personas LGTBIQ.
- La emergencia climática, y especialmente la transformación del modelo de movilidad y su relación con la contaminación atmosférica, pero también el impacto del turismo, la producción de energías alternativas, los hábitos alimentarios o la protección del medio rural.
- La democratización de los procesos de toma de decisiones, con espacios de información, deliberación y decisión, y el aumento de autonomía de la escala local frente al estado y el mercado, como por ejemplo en el caso de la regulación de alquiler.

En todos estos campos existe la posibilidad de articular luchas que combinen los planos de movilización y demandas sociales, producción de conocimiento desde y para las afectadas y demanda de nuevas políticas públicas. Y para ello se necesitarán sujetos municipalistas dentro y fuera de la institución.

Raúl Royo Fraguas: “Una nueva racionalidad política”

Asesor en la Alcaldía de Zaragoza entre 2015 y 2019. Coordinador de campaña de Zaragoza en Común en las elecciones municipales de mayo de 2019). Actualmente doctorando en Filosofía.

[Respuesta recibida el 10 de marzo de 2020]

Sobre el ciclo político y su fase institucional, sobre aquello que perdura o puede influir en el futuro y sobre los frentes de lucha que se abren (lo que se logró, lo que continúa y lo que viene)

En mi opinión, más que un simple catálogo de innovaciones discursivas, prácticas organizativas, etc., nos encontramos ante la emergencia de una nueva racionalidad política, distinta de la que había caracterizado y guiado la política antagonista en los años y décadas anteriores. Esto significa que efectivamente se ha producido un conjunto de innovaciones o mutaciones en los planos organizativo, discursivo, etc., pero de modo más fundamental una reorganización de todos esos planos y elementos en una conjunción y sistema de interrelación nueva o al menos diferente, de la que venía siendo hegemónica.

Esta mutación/emergencia de una racionalidad política nueva, de la cual el ciclo político que empezó en 2011 —y no sabemos del todo si ha acabado— ha sido su primera expresión más o menos acabada, es el elemento que está destinado a

perdurar durante más tiempo. Entre otras cosas porque también ha sido muy largo su periodo larvario o de gestación. Destinado a durar probablemente más allá de las formas concretas organizativas, discursivas, prácticas, que se han fraguado en la coyuntura precisa de estos años.

Un pequeño resumen de los elementos que componen esta racionalidad política que describo (y que, pese a su relativa abstracción, confío plenamente sepáis identificar en las manifestaciones y episodios concretos del ciclo político):

- Declive de las demandas de tipo posmaterial (Inglehart), características de los "movimientos sociales"⁴, en favor de la articulación en torno a demandas y valores materiales⁵.
- Correlativamente, declive del valor relativo de las formas de acción política expresivas⁶ en favor de racionalidades estratégicas⁷ capaces de llegar a arreglos institucionales.
- La crisis del valor sub-institucional del conflicto. Aunque las prácticas políticas emergentes que señalamos se sitúan, como un valor en sí mismo incluso, en el plano extraparlamentario no renuncian a incidir directamente en la esfera público-institucional. Si no renuncian en ningún caso al catálogo de formas no convencionales de acción política, no renuncian a la capacidad de expresar o trasladar el conflicto a la esfera convencional, incluso basan en ello, cuanto menos parcialmente, el éxito de su estrategia. En segundo lugar, la reapropiación de la esfera pública-institucional como escenario de conflicto y horizonte de un arreglo institucional. Al mismo tiempo, reapropiación de los lugares materiales donde se produce la explotación como espacios de resistencia. Declive de la esfera cultural como espacio privilegiado de la acción política.
- Correlativamente, crisis del antipartidismo cultural característico del activismo de los "movimientos sociales". Emergencia de nuevas organizaciones políticas en el plano parlamentario⁸.

⁴ Que podemos caracterizar, siguiendo a Inglehart y Habermas, como un tipo característico de conflictos de raigambre cultural, relacionados con la construcción de identidades organizadas en torno a la defensa, protección, restauración o promoción de formas o estilos de vida no normativos, que se valoran amenazados y/o deseables. El pacifismo, ecologismo, feminismo, las luchas LGTB y los indigenismos, han sido los ejemplos más característicos y acabados, constituyendo la matriz en relación a la cual se organizaron el resto de realidades que han dado forma a los movimientos sociales.

⁵ Que, correlativamente, podemos caracterizar como aquellos relacionados con la seguridad, la subsistencia y el bienestar material. Y en un sentido más amplio, como aquellos conflictos que se organizan en torno a la producción y distribución de los bienes, y los beneficios y compensaciones devengados por el estado y los sistemas de protección.

⁶ Caracterizada por una fuerte reacción a valores o lógicas instrumentales en favor de la "expresión" o comunicación en la propia forma de vida de los valores y demandas, caracterizados como principios no negociables cuya defensa se sitúa por encima de la eficacia como criterio para la acción.

⁷ Donde la "eficacia" es un valor prevalente o cuanto menos no se renuncia a un cierto "criterio de eficiencia" en la articulación de la acción.

- Innovación en el catálogo de prácticas políticas no convencionales y formas de organización (tecnológicamente mediadas por la aparición de las TICs).

Dos cosas merecen la pena ser destacadas respecto a la anterior descripción. En primer lugar, se señalan como “emergencias” y “rupturas” de estas nuevas prácticas políticas elementos que no son exactamente “novedades”. Antes bien remiten, claramente, al repertorio y las lógicas características de los movimientos y organizaciones de masas precedentes a los “nuevos movimientos sociales”.

La transición de aquellos a estos fue, como señalamos en el caso de las nuevas prácticas políticas emergentes, una transformación en cuanto a los objetos, criterios de racionalidad, formas de composición, orientación discursiva, etc.

La transición de los “nuevos movimientos sociales” a las prácticas políticas emergentes que tratamos de caracterizar parece en muchos puntos la recuperación de objetos, orientaciones y criterios propios de las organizaciones de masas (demandas materiales, lógicas de acción estratégica). La recombinación de las prácticas micropolíticas de los movimientos sociales con los objetos y orientaciones estratégicas características de las organizaciones de masas y los movimientos obreros. Quizás en este sentido cobra validez e interés el mencionado concepto de “sindicalismo social”.

En segundo lugar, algunas de las orientaciones señaladas (organización institucional) no son tampoco nuevas, en tanto desconocidas en los “nuevos movimientos sociales”. El movimiento ecologista llevó a cabo desde finales de los ochenta una práctica de articulación parlamentaria que dio lugar a los partidos verdes y parte del movimiento LGTB se estructuró en torno a la demanda de un arreglo institucional acerca del matrimonio homosexual. Es el carácter tendencial de esta realidad lo que debe ser considerado como “ruptura” y nos señala que es en la intrahistoria de los movimientos sociales (en la consideración diacrónica de los movimientos sociales como un conjunto de prácticas políticas con una historicidad y evolución propia a lo largo de décadas de práctica) donde podemos encontrar, al menos parcialmente, la génesis que ha llevado a la gestación y aparición de las prácticas políticas emergentes que tratamos de caracterizar⁸.

En relación a la “fase institucional” siguiendo este punto, creo firmemente que su valor futuro puede ser bien “apuntar” muy directamente al espacio institucional los problemas distributivos (mediados por las instituciones del estado) y de concertación.

En el plano de las políticas concretas, si bien no ha sido posible profundizar, incluso dar comienzo, a las partes más ambiciosas que tenían como objetivo reconfigurar el espacio urbano y de la propia institución, hay al menos tres elementos fundamentales

⁸ Es decir, no debemos pensar, a priori, la emergencia de este conjunto de nuevas prácticas políticas, separada de la emergencia de nuevas formas de organización política institucional, sino a estas segundas como una forma diversificada de lo primero.

⁹ En combinación con la caracterización sincrónica que hemos empleado en este documento.

que tienen una gran potencialidad de quedar incorporados a la agenda política, no sin retrocesos y “tiras y aflojas”. En primer lugar, la intervención, casi a modo de freno de emergencia, sobre el plano de los asuntos sociales. Sin duda ha tenido como efecto una sustancial mejora de los niveles de vida y atención sobre las capas más afectadas de la crisis cronificada y a tiempo futuro supone incorporar mecanismos de amortiguación de los efectos de una futura crisis. Aquí es donde probablemente el nivel de transformación de la propia institución ha sido más profundo y quizás más irreversible, al menos a corto plazo. El papel de la gestión pública-pública y los sistemas de privatización, externalización, colaboración público-privada etc., no solo como sistemas de prestación más ineficientes sino como un aparato de captura de la riqueza y los bienes colectivos. Por último, un catálogo de innovaciones en el plano no solo de la participación, sino de la relación representados-representantes, ciudadanía-institución.

Guillermo Zapata: ¿Qué tipo de organización municipalista podemos construir a partir de los aprendizajes de este ciclo?

Miembro fundador de Madrid 129 y de Ganemos Madrid. Concejales con la candidatura Ahora Madrid entre 2015 y 2019.

[Respuesta recibida el 10 de marzo de 2020]

Sobre el ciclo político y su fase institucional (lo que se logró)

Se me ocurre que aún es pronto para medirlo. En el sentido siguiente. Podemos medir sus efectos inmediatos, sus cambios, éxitos y fracasos. Pero es difícil saber qué tipo de resto, de memoria y de afectos, deja. Creo que lo primero que se puede leer es que ha habido un cambio muy intenso de 2015 a ahora en dos direcciones. Por un lado, hemos pasado de un momento “Rousseau” donde el centro de la acción política hablaba de “nuevo pacto social” y protagonismo ciudadano, a un momento “Hobbes” donde hablamos de la relación amigo/enemigo y una recomposición del estado y la representación (de la autonomía de la política, también) para lograr transformaciones sociales.

El segundo elemento, que se vincula también con ese “momento Hobbes”, es el paso de una emergencia territorial local, de una nueva geografía política que vinculaba democracia y territorio, a una fase en la que la esperanza de transformación se estataliza y por tanto, la red de ciudades, los nuevos poderes locales —yo los pienso más como una capa más de poder que como un contrapoder puro al poder del estado— se ven desplazados por una nueva dinámica de emergencia nacional centrada en el estado con tres polos: la cuestión territorial vinculada a Cataluña, la aparición de la extrema derecha como sujeto político nacional y la necesidad de concretar las demandas feministas en clave legislativa.

Ese cambio es, de alguna manera, el que "navegan" los municipalismos en todo el estado con mayor o menor suerte. Y es en ese cambio en el que los "sujetos municipalistas" se ven tensados en muchas de sus premisas de partida, que eran también diversas. Se tensa la idea de plataformas ciudadanas y se vira a la de sujetos (nuevas organizaciones) municipales que tiene también escalas regionales (Los Comunes, las Mareas e incluso, en su particularidad, el caso de Más Madrid). Se tensa también la idea de la capacidad transformadora de la vida desde el municipio, desconectado de otras realidades territoriales como las comunidades autónomas o el propio estado (unos municipios con pocas competencias para redistribuir riqueza o generar nuevos derechos). Se tensa la idea de amplitud ideológica de las propias plataformas, sea por experiencias como la madrileña, de una enorme apertura sin estructuras internas para gobernar su pluralidad, sea por el nacimiento del gobierno progresista y las críticas desde sectores muy activos en los municipalismos, como son Anticapitalistas o un amplio espectro de los movimientos sociales urbanos que trabajaron en 2015.

Todo eso diría que son las certezas de lo sucedido, quedan las dudas. En primer lugar, la potencia de recomposición de los tejidos heridos en los lugares donde la hipótesis-confluencia está rota. En segundo lugar, la capacidad de movilización ciudadana en un nuevo ciclo con la indignación "desplazada" hacia la extrema derecha. En tercer lugar, la consolidación de un espacio de nueva gobernanza con Unidas Podemos como sujeto hegemónico en el estado, pero sin arraigo territorial sólido. Y en cuarto lugar la cuestión de los límites de la experiencia de gobierno en el estado para algunas cuestiones relacionadas con la vida cotidiana, como son la movilidad, la lucha contra el cambio climático y la cuestión turística en las ciudades.

Hay elementos singulares, además, de la experiencia madrileña, que creo no son extrapolables. Fundamentalmente una incapacidad para hacer un urbanismo que se salga del modelo de gobernanza de la extrema derecha y, con ello, una dificultad para deshacer la estructura institucional que consolida el desequilibrio territorial de la ciudad. Estos dos elementos, así como la necesidad de incorporar una pluralidad mayor de sujetos (especialmente la realidad migrante de las ciudades) son, creo, una necesidad mínima de cualquier composición municipalista del ciclo político que se abre ahora.

Sobre aquello que perdura o puede influir en el futuro (lo que continúa)

Creo que los elementos que de manera más significativa perduran en el tiempo son los que han sido capaces de prever o situarse "a galope" o en sincronización con las nuevas olas de politización. En primer lugar, la consolidación de nuevos modelos de gobernanza a través de la participación, que aun siendo atacados no están siendo desmantelados gracias a la fuerza de los sujetos ciudadanos constituidos en torno a los foros locales (no así, por cierto, a la aparentemente exitosa participación digital, que no ha constituido herramientas para su propia defensa y hoy languidece sin que

nadie parezca con ganas de defenderla). En segundo lugar, los elementos vinculados a la cuestión climática, la salud y la movilidad y todo un nuevo campo de politización de la cuestión urbana que se deriva de esas cuestiones. Incluso un gobierno que tiene como aparente proyecto político el desmantelamiento de cualquier “normalidad institucional otra” que el dominio de la derecha neoliberal, está teniendo muchas dificultades para no reconocer ese campo de políticas públicas urbanas. Y en tercer lugar las cuestiones relacionadas con el movimiento feminista. Tanto en la lucha contra las violencias machistas, como en los elementos más cercanos a las políticas de cuidado y protección social vinculado al mismo.

Sobre los frentes de lucha que se abren (lo que viene)

Creo que he respondido más o menos en las dos preguntas anteriores, así que voy a intentar desplazar este asunto en otra dirección. ¿Qué tipo de organización municipalista podemos construir a partir de los aprendizajes y las crisis de este, vamos a llamarlo, primer asalto? Creo que la cuestión del nuevo sujeto municipalista debe ser central, fundamentalmente por tres motivos.

- La derecha ha sido capaz de encontrar una hipótesis táctica más eficaz que la de la confluencia, que es la de las tres derechas. Una máquina subjetiva que permite recoger un voto diverso sin sufrir penalización de ningún tipo por las aparentes diferencias entre los distintos sujetos. ¿Es posible entonces, pensar un campo de transformación progresista que parta de esa idea de ecosistema o de diversidad de sujetos que compiten y cooperan? Hay que identificar que en buena parte de la geografía española no hay dos opciones progresistas, con sus particularidades regionales o autonómicas, sino tres (y a veces más de tres).
- ¿Ese sujeto municipal tiene o no una dimensión de movimiento? No en el sentido de cómo se relaciona con los movimientos, que en la hipótesis del gobierno progresista de Unidas Podemos tienen una función de presión para garantizar sus demandas, sino de qué tipo de nueva institucionalidad se dotan. ¿Cómo el municipalismo produce su propia reproducción?
- ¿Cuál es el papel que tiene dicha dimensión municipalista en la crisis de identidad territorial y modelo que vivimos en España? Hay un eje evidente en este nuevo ciclo político que se abrió con la legislatura del gobierno progresista que es que la crisis catalana es solo una parte de la crisis territorial española. Eso compete a la organización del estado en general (ahí tenemos el ejemplo de los movimientos que quieren separar León de Castilla o la interesante experiencia política de Teruel Existe), pero también a la función que, dentro del estado, tiene el territorio-Madrid. Pensar Madrid dentro de una necesaria reestructuración del estado es la condición de posibilidad de un municipalismo que tenga aliento a medio plazo.

Eduardo Maura: “Como un tema central, ambiguo y difícil, me quedo con lo que se ha construido en torno a la forma-partido”

Sociólogo y filósofo. Diputado de Podemos por Vizcaya en el Congreso de los Diputados de 2016 a 2019 durante la XI y la XII legislaturas.

[Respuesta recibida el 14 de marzo de 2020]

Sobre el ciclo político y su fase institucional (lo que se logró)

Pensando en términos institucionales, más que una evaluación positiva o negativa, destaco que ha sido un ciclo de definición y promoción de ciertas culturas políticas. Ha habido de todo en estos años, bueno y malo, pero sobre todo se ha construido una cierta idea de en qué consiste hacer política, militar, intervenir, pensar prácticas, acelerar y ralentizar el ritmo, qué está dentro de nuestro campo de acción y qué no, y con qué y quiénes puedo y debo, por tanto, entablar una relación de diálogo, etc.

Como un tema central, ambiguo y difícil, me quedo con lo que se ha construido en torno a la forma-partido. En 2011 queríamos/esperábamos que el partido no fuera vector fundamental de intervención política. Las campañas de Corbyn y Sanders — ahora sabemos que sin éxito, pero no sin consecuencias y sin mérito— han tratado de ir más allá. Sin embargo, hace ya tiempo que en España giramos casi exclusivamente en torno a la forma-partido. No es el único vehículo político que hay, y tiene porosidades inéditas con respecto a otras épocas, pero su peso es enorme. Es obvio que necesitamos partidos políticos a la altura del reto de transformar y no estoy seguro de que la inercia actual sea favorable en ese sentido.

Dentro del partido como campo de debate es decisiva, en mi opinión, la pregunta por la experiencia militante como experiencia formativa y de adquisición de saberes y destrezas que se pueden cooperar, aprender y enseñar. Mi principal miedo es que la militancia no sea un proceso formativo, o que no consigamos que lo sea. Militar en un partido tiene que formar más de lo que está formando en estos momentos, en un sentido abierto, cooperativo, crítico y recíproco. Tenemos que prepararnos desde ya para la década que viene. ¿Podemos vivir sin movimientos y sin el afuera de los partidos? No. ¿Podemos cambiar algo con partidos que no producen experiencias formativas y cooperativas? Tampoco.

Sobre aquello que perdura o puede influir en el futuro (lo que continúa)

Se está haciendo fuerte la cultura política a la que me refería antes: la manera de comprender el día a día, sobre todo cuando se gobierna; la relación con las redes, las prioridades, y el hecho de que nada está dado en política, que todo está siempre por hacer. De ahí que insista en la militancia como base de apoyo, pero también como proceso formativo.

Hay que trabajar con todos los materiales objetivos y subjetivos, con todos los medios, redes y fórmulas, para que la cultura política contemporánea pueda tener efectos progresistas-transformadores. No podemos volver atrás, no hay retorno a un tiempo anterior a las redes y a la televisión a la carta, ni falta que hace.

Pero el tipo de mundo que se está construyendo sí que tiene implicaciones para la política institucional: implica, sobre todo, formar más y evitar organizaciones caras de mantener y poco eficientes, muy dependientes de sus recursos y que solo funcionan bien cuando tienen dinero. Construir partidos más ágiles y transformadores solo es posible con una revitalización del papel de lo sectorial y de la formación de cuadros. Es prioritario y urgente que los espacios de militancia sean espacios ellos mismos transformadores: espacios de encuentro, que te hagan sentir cosas que no habías sentido antes y que no sentirías en otro lugar. Que te exijan resolver situaciones que no podrías resolver de no haber pasado por esa experiencia. Espacios mínimamente creativos, en última instancia. Si no podemos caer en un tipo de experiencia de la política que consiste en mandar más *WhatsApps* virales por minuto que el rival, agotando y desangrando la posibilidad de tal cosa como una esfera pública sostenible y productiva.

Sobre los frentes de lucha que se abren (lo que viene)

La agenda es siempre cambiante, da igual que gobiernos o no, en el país que sea, e influye también la fuerza de los movimientos sociales y la sociedad civil organizada, que es oscilante, así como la fuerza de los rivales. No lo sé, sinceramente. Incluso en condiciones de coronavirus y de posible recesión e invierno financiero, parece difícil que la crisis climática y el feminismo no vayan a seguir siendo importantes, tanto o más que ahora.

Creo que más que una cuestión de predecir temas que van a marcar la agenda, es fundamental considerar lo organizativo. Lo político se decide en nuestro tiempo en las formas de organización. No porque haya que erradicar unas formas y reponerlas con otras, o porque los partidos ya no sirvan. No es un tema de elegir entre partido o movimiento. Es un tema de generar espacios de producción política. Más espacios y mejores. La crisis sanitaria y humanitaria que estamos viviendo me sugiere más un debate organizativo a medio que un debate ejecutivo a corto.

Para lo que venga, por tanto, hay que estar organizadxs, sea lo que sea. Y eso no implica solo movilizar a gente en fechas señaladas, o resistir en ciertos espacios, o manifestarse cuando ocurre algo puntual, o conseguir *trending topics*, o salir en la televisión. Eso hay que hacerlo también, pero la política transformadora, o la lucha, al final, en mi experiencia, se va a decidir en el problema de la organización.

Claudia Delso Carreira: “Demostramos que los límites de la institución, aunque férreos, pueden llegar a ser flexibles”

Concejala de Participación e Innovación Democrática en el Ayuntamiento de A Coruña con Marea Atlántica (2015-2019).

[Respuesta recibida el 23 de marzo de 2020]

Sobre el ciclo político y su fase institucional (lo que se logró)

Creo que el balance en general es positivo: la llegada a las instituciones supuso, sin lugar a dudas, algo fresco, alegre y nuevo en cada uno de los municipios donde sucedió. El mero hecho de que personas que veníamos de los movimientos sociales y de ámbitos profesionales muy diversos llegásemos a las instituciones introdujo otras miradas y otras prácticas en un espacio, el institucional, monopolizado durante demasiado tiempo por la política de lo inamovible.

Demostramos que los límites de la institución, aunque férreos, pueden llegar a ser flexibles, que la institución puede y debe abrirse a los ciudadanos y también a sus propios trabajadores. Que la utilidad de una institución, más si cabe de un Ayuntamiento, está también en su capacidad en ser cercana, próxima, porosa y transparente. Demostramos que se puede hacer política de otra manera y que se puede colocar a las personas en el centro de las instituciones y de las políticas públicas.

Evidentemente no pudimos hacerlo todo. No hicimos todo a lo que veníamos. Pero sembramos mucho: algunos frutos que se están empezando a cosechar ahora, otros que tardarán todavía pero que están ahí, sembrados, dentro y fuera de la institución.

Una legislatura de cuatro años es muy poco tiempo sobre todo si tu proyecto es un proyecto de cambio estructural, de mirada larga. En muchos de los “ayuntamientos del cambio” la legislatura fue además con gobiernos en minoría ante una oposición político-mediática brutal que nunca aceptó que gentes del común hubiésemos llegado al poder.

Por eso, cuando perdimos las elecciones y no hubo posibilidad de darle continuidad a todas esas políticas públicas que tanto nos había costado sacar adelante, entre el sabor agridulce de la derrota creo que muchxs también nos dimos cuenta de la dimensión de lo que habíamos hecho. Y no me refiero a enarbolar la bandera de lo grandilocuente o autocomplaciente, sino de reconocer la importancia en el plano simbólico de lo que significamos las ciudades del cambio y los gobiernos municipalistas durante 4 años: gobiernos de gente honesta, que antepusieron siempre las necesidades del común, de sus vecinas y vecinos y de la ciudad, a las lógicas electorales y a los intereses particulares.

Sobre aquello que perdura o puede influir en el futuro (lo que continúa)

Creo que como decía antes, durante cuatro años sembramos muchas cosas, sembramos otras maneras de hacer y sobre todo otras prioridades desde lo público.

Desde la puesta en marcha de una renta social a las políticas de participación e innovación democrática que supusieron abrir la toma de decisiones y el diseño de políticas públicas al conjunto de la ciudadanía. Estas políticas supusieron también una toma de conciencia colectiva del derecho a la ciudad y del derecho constitucional, el de la participación activa de la ciudadanía en las políticas públicas, que las administraciones tienen la obligación de garantizar.

Pusimos en marcha políticas públicas redistributivas con los barrios históricamente desatendidos y con mucha menos inversión pública por habitante, entre otros, a través de los presupuestos participativos. Desarrollamos políticas públicas que incorporaron otras miradas en la construcción de la ciudad: la de los niños y las niñas, la de las personas con diversidad, la de los jóvenes, etc., pues la ciudad ha de ser un lugar inclusivo con todas las diversidades que habitan en ella.

Creo que estas experiencias siguen presentes de un modo u otro hoy en A Coruña, tanto en las personas que participaron, como en los equipos técnicos que lo hicieron posible y en definitiva en la memoria colectiva de la ciudad. Durante estos cuatro años en A Coruña hicimos ciudad entre todxs, administración y ciudadanía.

Hubo un elemento dentro del ámbito institucional que me gustaría destacar y fue entender lo jurídico como una herramienta de transformación. Esto es, muchos de los retos que teníamos por delante suponían llevar a la administración a lugares en los que nunca se había estado, lo cual no significaba que no fuese posible, aunque la resistencia para cualquier elemento nuevo fue una constante. Para ello, ahondamos en las posibilidades e interpretaciones de los marcos normativos vigentes y también llevamos a cabo innovaciones en los marcos jurídicos que nos ayudaron a poder desarrollar administrativamente algunas de las políticas públicas que resultaron más transformadoras.

Obviamente no llegamos a todo el mundo y cualquiera de estas políticas para que sean realmente irreversible deben perdurar en el tiempo, pues estamos hablando en el fondo de cambios culturales que requieren tiempo y continuidad en las prácticas. Es cierto que en el ámbito institucional es importante que exista una firme voluntad política que impulse estas políticas, pero también es verdad que la institución no lo puede todo ni lo es todo y que uno de los retos que tenemos por delante en mi opinión es continuar todo este aprendizaje y estas prácticas más allá de lo institucional.

Sobre los frentes de lucha que se abren (lo que viene)

Creo que el fortalecimiento de las administraciones locales como las entidades más cercanas a la ciudadanía y la cooperación entre ciudades a nivel estatal e internacional ya está marcando el camino. Durante estos años de trabajo en el ámbito municipal la cooperación y el trabajo en red con otras ciudades ha sido fundamental para darnos cuenta de que ante problemas globales muchas de las respuestas vendrán directamente de lo local, de las ciudades.

Ya lo estamos viendo, algunas de las consecuencias del sistema neoliberal se están enfrentando directamente desde las ciudades: desde el cambio climático a los problemas de vivienda y de precarización de las condiciones de vida.

Es el momento de repensar el modelo económico. Ahí el ecofeminismo está marcando el camino con propuestas que ponen en el centro el sostenimiento de la vida y de las condiciones materiales que la hacen posible.

Y por supuesto creo que otro de los vectores y frentes de lucha y transformación política está siendo y seguirá siendo el feminismo. Creo que se ha avanzado mucho en visibilizar las desigualdades de género, el trabajo invisible de los cuidados o la lacra de las violencias machistas, pero sigue siendo urgente transversalizar la perspectiva de género en las políticas públicas y en las dinámicas internas de las organizaciones e instituciones.

Epílogo

No hay fracaso si hay balance: poder y potencia en el ciclo 15M-Podemos

Amador Fernández-Savater¹⁰

*Toda ruina contiene
su pasado y el nuestro.
Toda ruina es hermosa
si es capaz de decirnos
qué esconde el porvenir.*
(Juan Antonio Bermúdez)

Tras las últimas elecciones generales y municipales se habla del final del ciclo 15M. ¿Qué significa un final de ciclo? Podríamos pensarlo así: la potencia de efectos suscitada por un acontecimiento se agota, ya no es capaz de nuevas metamorfosis y actualizaciones. Hoy vemos el antiguo orden político recomponerse, las políticas neoliberales profundizarse, los espacios electorales del cambio volatilizarse, en medio del declive del tipo de vida política inaugurada por el 15M, más preocupada por la apertura a la cooperación con el cualquiera que por la reproducción de las identidades existentes.

Esta sensación de decepción no me parece mala condición para el pensamiento. Diego Sztulwark, investigador independiente y antiguo miembro del Colectivo Situaciones, ha escrito un texto hermoso justamente sobre la potencia que podemos encontrar en los estados de decepción.

La decepción es como un camino de prueba a atravesar. En él podemos hacer una "limpia" de toda una serie de ilusiones y salir así más fuertes, más realistas, más estratégicos. Regeneramos el deseo de transformación renunciando a idealismos, utopismos y voluntarismos. En el desmoronamiento de las expectativas y las proyecciones se vuelve posible ver algo nuevo y recrear los lazos con el mundo.

En el estado de decepción, ya no tenemos ninguna posición que "defender", ninguna fórmula que "vender", estamos todos como suele decirse "en la misma mierda". Es un momento de no saber en el que pueden elaborarse saberes nuevos, si evitamos caer en el cruce de acusaciones, el ajuste de cuentas, la búsqueda de culpables y la lógica de tribunal.

De ese modo la decepción se vuelve condición de pensamiento y abre la posibilidad de elaborar un balance colectivo sobre lo vivido, donde colectivo no significa "todos juntos", sino "entre todos".

¹⁰ Este texto fue elaborado para un debate con Monserrat Galcerán y Carlos Sánchez Mato en la 9ª edición de la Universidad Socioambiental de la Universidad de Guadarrama y publicado originalmente en *Eldiario.es*, 28 de junio de 2019. Agradecemos al autor su permiso para republicarlo.

Balance o desbandada

¿Qué es un balance? El filósofo Alain Badiou dice lo siguiente en un texto escrito al respecto: no hay fracaso si hay balance. Es decir, en la historia de las experiencias revolucionarias hay fracasos y fracasos. El peor de los fracasos es el que no piensa nada, no registra nada. Si no hay pensamiento, si no hay balance, hay desbandada: repliegue de cada cual, en su vida, fuga personal de lo político enmierdado, en la amargura y tal vez el resentimiento, desnorte y orfandad, ruptura de los lazos de confianza, etc. La banda se desbanda. La dispersión es no solamente física, sino sobre todo mental y sensible: deja de compartirse una percepción y una lectura común sobre la situación.

El balance es compañía en la soledad, vuelve fecundos los fracasos, encuentra una significación en las derrotas. No evita que nos volvamos a equivocar, pero permite que la próxima vez nos equivoquemos distinto. Lo peor es fracasar igual, el fracaso previsible.

Si no hay balance propio, vence el balance del adversario. Y este siempre es absoluto: el deseo de transformación social es locura y acaba mal. El balance propio vuelve relativo un fracaso absoluto: el fracaso no está inscrito en el deseo de transformación, sino en la vía concreta que hemos elegido. Fracasamos siempre en punto concreto dice Badiou. El balance es una topología: "hay que localizar, encontrar y reconstituir el punto a propósito del cual la decisión fue desastrosa". El punto, simplificando, es una encrucijada o un momento crítico en el proceso donde tomamos malas decisiones. Si queremos decirlo coloquialmente: "donde la cosa empezó a torcerse". ¿Cuál ha sido ese punto, nuestro punto?

Regreso a Neptuno

Ni siquiera se trata seguramente de un solo punto, sino de una entera línea de puntos a lo largo de los cuales se va deslizando una decisión, una orientación del movimiento

Voy a señalar como primer punto el Rodea el Congreso del 25-S de 2012, cuando miles de personas cercamos físicamente el Parlamento de los Diputados hasta ser desalojados violentamente de la plaza de Neptuno por la policía de la hoy defenestrada Cristina Cifuentes.

"¿Cuál era el objetivo del 25-S?", nos preguntó a una serie de amigos durante una conversación informal Raquel Gutiérrez, teórica y militante mexicana, a su paso por Madrid en 2017. Esta pregunta aparentemente tan sencilla se quedó sin respuesta por parte de los que allí estábamos y desde entonces rebota en mi cabeza. Me parece, visto en retrospectiva, que el 25-S podía interpretarse de tres modos al menos:

- En primer lugar, como llamada a un levantamiento general contra la clase política: es la imagen de la insurrección, tan cara al imaginario revolucionario del siglo XIX. Desorden, barricadas, minorías conspiradoras y masas en la calle,

el derrocamiento fulgurante del orden establecido que abre un espacio vacío a lo nuevo. La "destrucción creadora" de Bakunin.

- En segundo lugar, una "radicalización" del movimiento nacido en las plazas a través de un choque a cara de perro con el poder político. El pasaje del "no nos representan" al "a por ellos". Un endurecimiento de la lógica de enfrentamiento del 99% contra los representantes del 1% con la aspiración de cambiar las reglas de juego del poder. El 25-S fue una primera tentativa de "asalto" al poder político considerado a partir de ahí como el centro que organiza la acción (las plazas del 15M fueron más bien el gesto de "dar la espalda" al poder). Podemos pensar el posterior "asalto institucional" como una continuación —por otros medios, más eficaces— de esa primera tentativa. Se impone desde entonces un lenguaje político típico del siglo XX: asaltar, tomar, ganar, etc.
- Del tercer modo de pensar el 25-S, seguramente una imagen política más fecunda para el siglo XXI, hablaremos de nuevo al final de este artículo.

Recapitulando, a partir del 25-S se fue decantando una decisión: poner el poder político como objetivo principal de la acción y, en consecuencia, confundir y/o subordinar la potencia al poder, la política de movimiento a la política de partido, la emancipación a la gestión.

Esta es la idea que quisiera poner a discusión en la elaboración colectiva de balance: el problema de la confusión entre potencia y poder que —pienso— ha acabado atrapando todas las energías en el estado de cosas (el Estado). Una "lección" que podríamos sacar entonces de cara a futuro sería distinguir radicalmente ambas cosas, para "fracasar distinto".

Estrategia populista y partido-movimiento

Simplificando mucho de nuevo, encuentro dos maneras de con-fundir potencia y poder en el pensamiento y el hacer en estos últimos años.

La primera sería el pensamiento estratégico populista que viene a decir lo siguiente: los movimientos son cambios sociales o culturales o afectivos importantes, pero insuficientes. El Partido es el "plus" político que canaliza su energía hacia las instituciones para transformarlas. El 15M fue indignación, expresión de malestar, tuvo impacto en el "sentido común de época". El Partido interpreta y sintetiza a partir de ahí las demandas y los descontentos: "traduce políticamente" al movimiento.

Es un pensamiento que subordina la potencia al poder: los movimientos son procesos importantes, pero sólo como "preparación" o "trampolín" hacia otra cosa. Son los signos que el estratega populista ha de saber leer y organizar —mediante las famosas cadenas equivalenciales, etc.— en la operación de construcción hegemónica.

Este es un pensamiento fundamentalmente triste —por mucha energía que le eche Errejón a sus arengas— porque se acerca a lo real desde el ángulo de la "falta": los

movimientos no son vistos como potencias en sí mismos y por sí mismos, sino que siempre están "en función de" otra cosa (una instancia superior) que les da valor y sentido.

La segunda es la hipótesis de un "partido-movimiento" o de un "partido orgánico" en torno a la cual se han reunido corrientes tan diferentes como Anticapitalistas o sectores autónomos en las confluencias y los municipalismos. Es la hipótesis "movimentista".

El partido-movimiento es el conjunto reunido de las fuerzas sociales, políticas y culturales activas en el proceso de transformación social. Se distingue del "partido-institución" porque no es sólo una máquina electoral o de gestión, sino que trabaja políticamente en la sociedad. Va más allá de la concepción de una "autonomía de lo político", la idea de lo político como esfera autónoma y aparte, en la convicción de que sólo un fuerte apoyo social organizado puede sostener políticas públicas de cambio sustantivas.

Creo que es una mala idea (teórica) y que ha tenido malos efectos (en la práctica). Mala idea teórica porque es deudora de un paradigma unificante de lo político donde lo múltiple queda englobado en lo uno: una sola organización, por muy plural y compleja que sea. La metáfora "orgánica" es reveladora: se piensa en un solo cuerpo cuya cabeza sería una serie de "cuadros" vinculados a los movimientos ("dirección política", "vanguardia interna"). Mala idea también porque la lógica de la potencia y la lógica del poder son heterogéneas y no ensamblan: el partido bolchevique y los soviets no pueden convivir en el mismo espacio. En la práctica creo que esta idea ha capturado la energía de mucha gente de los movimientos en los lugares institucionales, debilitando así la trama de la potencia.

Potencia destituyente

Mi propuesta sería separar radicalmente la potencia del poder, lo que no significa que uno no tenga efectos sobre el otro, sino que no se subordinan ni se confunden.

El filósofo italiano Giorgio Agamben está desarrollando en ese sentido un pensamiento sobre lo que llama la "potencia destituyente". Agamben toma nota sobre la "tragedia" de las revoluciones que consiste en la activación repetida de un "mecanismo diabólico" por el cual el poder constituyente queda atrapado una y otra vez en un nuevo poder constituido (tan parecido al antiguo...).

Lo constituyente queda limitado desde entonces al solo poder de revisar la nueva constitución y el nuevo gobierno, a la "participación" dentro de las estructuras existentes, pero ya sin posibilidad de cuestionarlas radicalmente (de raíz). Eso en el mejor de los casos. En el peor, se reduce a mera referencia retórica e instrumental, a un fetiche que fundamenta y legitima al nuevo poder, un "mito de los orígenes". Es la manera de hablar de tantos dirigentes de la Nueva Política sobre el 15M.

¿Es posible romper ese mecanismo diabólico? ¿Es posible una política de los gobernados que no se resuelva en un nuevo poder, que los gobernados se definan siempre, como decía Maquiavelo, por su deseo de no ser oprimidos? Agamben propone la potencia destituyente, una potencia que no cristalice nunca en poder. Devenir y permanecer ingobernables.

Pensar-crear esta potencia destituyente implica un desplazamiento radical en la comprensión misma de lo político. Deshacernos en primer lugar de un imaginario en el que el poder político está en el centro y polariza todas las energías.

Nunca el poder político ha tenido tan poco poder como hoy en día, atravesado y desbordado por fuerzas financieras globales y micropolíticas neoliberales. Nunca ha estado sin embargo tan presente en nuestras conversaciones y en nuestros corazones. Es lo que siento más dolorosamente como "fracaso generacional" de la gente "educada" en la potencia de los movimientos: la manera en que hemos cedido a la tentación política, entregando nuestra irreverencia e indiferencia de fondo al poder, asumiendo su lenguaje y categorías, enamorándonos de él.

Distinguir entonces radicalmente entre potencia y poder. No se funden, ni se confunden. Son de naturaleza diferente, habitan mundos distintos, siguen lógicas heterogéneas. El conflicto entre ellos es asimétrico (no se pelea por lo mismo) y su cooperación eventual nunca es "orgánica", sino puntual y efímera.

La potencia no se "traduce" al poder: hablan dos lenguajes, inconmensurables. La "democracia real ya" de las plazas y las asambleas es otra cosa que la "democratización de las instituciones".

La potencia no se "gestiona": se actualiza o muere. No requiere la edificación de "instituciones" que la canalicen, sino de la creación de formas que la hagan pasar: formas de paso, para que la potencia pase.

La potencia es heterogénea con respecto al tiempo del poder, a su calendario electoral, tiene sus propios tiempos de maduración y crecimiento, con sus propios ritmos.

La potencia no conoce distinción entre medios y fines, no admite distinciones entre formas y contenidos: en ella el medio es el fin, prefigura el fin, la potencia es medio sin fin.

La potencia no es un contrapoder: no está ahí para "controlar" o "vigilar" al poder, no se define a la contra, sino por su capacidad creadora de nuevos valores, nuevas maneras de hacer, nuevas relaciones sociales. La potencia destituyente es afirmativa y creadora de nuevas formas de vida.

La potencia no es escasa: no es un bien escaso, rival, antagonista como el poder (o lo tienes tú o lo tengo yo). Se multiplica al compartirse. Favorece las relaciones de cooperación y no de competencia.

La potencia, por último, no es cuantitativa, sino cualitativa: 40.000 personas actuando en la trama de la potencia en una ciudad como Madrid suponen una fuerza irresistible, pero 40.000 personas actuando en la trama del poder (es decir, votando) producen sólo tristeza y frustración porque no superan el umbral representativo exigido.

Poder sin potencia

Puede parecer paradójico, pero el poder sin potencia no puede nada. La potencia transforma la sociedad desde el interior. El poder se limita (en el mejor de los casos) a "cristalizar" un efecto de la potencia inscribiéndolo en el Derecho: haciéndolo ley.

Primero vienen los movimientos de diferencia afectivo-sexual que transforman la percepción y la sensibilidad social, sólo después se legaliza el matrimonio homosexual. Primero viene el movimiento negro que transforma la relación entre negros y blancos, sólo después se promulga la ley de igualdad racial. Primero vienen las luchas del movimiento obrero que politizan las relaciones laborales, sólo después las conquistas se inscriben como derechos sociales.

Ninguna de estas "cristalizaciones" es clara, sino siempre ambigua y conflictiva, precisamente porque el lenguaje de la potencia no se traduce sin más en el lenguaje del poder. Cada cristalización supone un cierto estrechamiento de los planteamientos de la potencia, pero supone también un espacio de disputa siempre activable por nuevos sujetos.

La potencia crea posibilidades nuevas. El poder es gestión en el marco de las posibilidades existentes. Lo vemos una y otra vez: los poderes que se quieren progresistas ven reducir sus márgenes de acción posibles cuando no hay potencias en acto empujando las cosas más allá y redefiniendo la realidad. ¿Podría ser esto lo que explica los magros resultados de la acción de gobierno de tantos ayuntamientos del cambio, más que la falta de voluntad o audacia política de las personas que los componen?

Regreso a Neptuno (2)

Ahora podemos retomar la última de las opciones de interpretación del 25-S que dejamos colgada.

Hemos dicho: la potencia no debe confundirse con el poder, pero eso no significa que deba desentenderse de él. Puede inventar modos de imponerle cuestiones sin colocarse en su lugar, de obligar al Estado sin ser Estado, de afectar y alterar el poder sin ocuparlo ni desearlo. Potencia a distancia del poder: una imagen política para el siglo XXI.

El 25-S sería visto así un ejercicio de destitución del poder: no de toma o de asalto, de ocupación o de sustitución. Una potencia heterogénea al poder que nació en las

plazas le impone un límite sin proponer nada a cambio: "por aquí no pasas". Es lo que Raquel Gutiérrez llama "potencia de veto".

La potencia destituyente dice Agamben es un elemento que, en la misma medida en que permanece heterogéneo al sistema, tiene capacidad de destituir, suspender y volver inoperativas sus decisiones. La "potencia de veto" de Raquel Gutiérrez es el mejor ejemplo contemporáneo de lo que Agamben busca en los conceptos de "violencia pura" o "divina" de Walter Benjamin: una fuerza capaz de deponer el poder, sin fundar uno nuevo. Es urgente contaminar la teoría de la destitución —todavía tan blanca, tan europea y tan masculina— con reflexiones de los feminismos latinoamericanos.

Coda: volver a contarnos

La Revolución Francesa sigue dándonos que pensar, aunque después viniese Napoleón. La Comuna de París sigue inspirándonos, aunque acabase en masacre. La experiencia anarquista en la guerra civil es rica en enseñanzas, aunque fuese estrangulada por estalinistas y fascistas. Hay que leer de nuevo este ciclo político en claves destituyentes para liberar así las potencialidades (los virtuales) del 15M. Lograr ver la potencia como potencia y no como antesala del poder. Sustraer el 15M del *continuum* de la Historia, como posible realizado y aún sin realizar, como elemento aún activo. Es un desafío de balance y recreación poética de la historia de los últimos años, aún por hacer.

Como dicen otros amigos, hay que buscar lo que escapa en cada época, lo que escapa a cada época, porque es lo que nos puede permitir seguir escapando hoy.